

ICATÓLICOS!

Hoy más que nunca la Iglesia necesita del amor y generosidad de sus hijos.

No seáis sordos al clamor dolorido de la Madre y acudid presurosos en su auxilio.

EL CRUZADO DE LA FE

ADMINISTRADOR
Don Cándido Ledesma Santos
Beneficiado Organista de la S. I. C.

DIRECTOR
Don Jesús Pereira Sánchez
Párroco de Sta. Marina

VICE-DIRECTOR
Don Saturnino Moro Palos
Beneficiado y Profesor del Seminario

Santo Evangelio**EN FAVOR DEL SEMINARIO**

1. Y aconteció un sábado segundo del primero que como pasase por los sembrados, sus discípulos cortaban espigas y estregándolas entre las manos, las comían.—2. Y algunos de los Phariseos les decían: ¿Porqué hacéis lo que no es lícito en los sábados?—3. Y Jesús, tomando la palabra, les respondió: ¿Ni aun esto habéis leído, que hizo David, cuando tuvo hambre él, y los que con él estaban.—4. ¿Cómo entró en la casa de Dios, y tomó los panes de la proposición, y comió, y dió a los que con él estaban: aunque no podían comer de ellos, sino solo los sacerdotes?—5. Y les decía: El Hijo del hombre es Señor también del sábado.—6. Y aconteció, que otro sábado entró también en la Synagoga, y enseñaba. Y había allí un hombre, que tenía seca la mano derecha.—7. Y los Escribas, y los Phariseos le estaban acechando, por ver, si curaría en sábado: para hallar de qué acusarlo.—8. Mas él sabía los pensamientos de ellos, y dijo al hombre, que tenía la mano seca: Levántate, y ponte en medio. Y él levantándose, se puso en pie.—9. Y Jesús les dijo: Os pregunto, ¿es lícito en sábados hacer bien, o hacer mal: salvar la vida, o quitarla?—10. Y mirándolos a todos al rededor, dijo al hombre: Tiende tu mano. El la tendió, y fué sana la mano.—11. Y ellos se llenaron de furor, y hablaban los unos con los otros, qué harían con Jesús.—12. Y aconteció en aquellos días, que salió al monte a hacer oración, y pasó toda la noche orando a Dios.—13. Y cuando fué de día, llamó a sus discípulos: y escogió doce de ellos (que nombró Apóstoles).—14. A Simón, a quien dió el sobrenombre de Pedro, y a Andrés su hermano, a Santiago, y a Juan a Felipe, y a Bartholomé.—15. A Mateo, y a Tomás, a Santiago de Alphéo, y a Simón llamado el Zelador.—16. A Judas hermano de Santiago, y a Judas Iscariotes, que fué el traidor.—17. Y descendiendo con ellos, se paró en un llano, y la compañía de sus discípulos, y de un grande gentío de toda la Judea, y de Jerusalem, y de la marina, y de Tyro, y de Sidón.—18. Que habian venido a oírle, y a que los sanase de sus enfermedades. Y los que eran atormentados de espíritus inmundos, eran sanos.—19. Y toda la gente procuraba tocarle: porque salta de él virtud, y los sanaba a todos.

Evangelio de S. Lucas, cap. VI, vv. 1 al 19

En el número anterior indicábamos la obligación que tienen los fieles de cooperar con los Prelados al sostenimiento de los Seminarios.

Esa cooperación se la exige la fe que profesan.

Es este uno de los derechos y a la vez una de las más graves responsabilidades que los Sres. Obispos tienen; pero uno y otra suponen en los fieles la obligación estricta de proporcionar los medios necesarios de cooperar en la esfera propia, según sus fuerzas. ¿Qué hará el Prelado en su Seminario, por mucho celo que se le suponga, si todos rehusan entrar en él, o no pueden hacerlo los que lo desean? ¿Cómo podrá atender el clamor incesante de los pueblos que piden Sacerdote, y de qué manera habrá de procurar remedio a las necesidades espirituales de los mismos, o facilitar el progreso de la piedad y el esplendor del culto, cuando ni siquiera puede cubrir las bajas, que naturalmente se producen en la parte mas noble del cuerpo de Jesucristo como a los Sacerdotes llama San Gregorio? ¿Qué será de las Diócesis si es pequeño el número de alumnos en los Seminarios? Las creencias cristianas, la moralidad, la devoción, el culto, todo pelagra y todo se halla amenazado cuando hay peligro de que falten Sacerdotes.

¿Se puede concebir que haya quienes miren esto con indiferencia, sin que por ello crean faltar a la Religión que profesan y practican? La fe obliga al cristiano con todas sus consecuencias, y la fe exige que amemos a la Iglesia como lo amó Jesucristo, el cual no sólo derramó por ella su sangre, para purificarla de la mancha y librarla de la imperfección, sino que dejó confiada su custodia a los Sacerdotes, que son los encargados de velar por ella, y conservar su hermosura; la fe nos impulsa a caminar por los senderos que conducen a nuestra patria, pero ella nos dice también que el mostrárnoslos y dirigirnos por ellos corresponde a los Sacerdotes; la fe nos hace ver en los Sacramentos los conductos por los cuales llega al alma la gracia santificante, mas junto a los Sacramentos nos muestra al Sacerdote, que es su ordinario dispensador; la fe hace obligatoria la lucha para conquistar el cielo, y para vencer en las batallas exige la obediencia a los Sacerdotes, que son como los oficiales de que el Señor ha provisto a su ejército; la fe dice al hombre que no puede vivir sin comunicación con su Dios, y ella también designa al Sacerdote como intermediario del que no se debe prescindir; la fe nos descubre la necesidad de que continuamente se ofrezca el Sacrificio de propiciación, que únicamente al Sacerdote está reservado; la fe en todas sus manifestaciones, y aún en su misma esencia, pues supone la enseñanza y la predicación de la palabra divina, está abiertamente proclamando que ne-

cesitamos del Sacerdote, desde que venimos a este mundo, hasta que salimos de él, y por la tanto, no hay cuestión que ofrezca tan gran interés para un creyente, como la que se relaciona con la existencia de Sacerdotes.

Si faltan los templos, se buscará, hasta en las entrañas de la tierra, si es preciso, un lugar en el que se ofrezca culto a Dios; si se carece de oro y plata, habrá un trozo de piedra y un sencillo vaso en el que pueda inmolarse la Víctima Divina; si los tiranos descargan el furor en el rebaño de Jesucristo, la sangre derramada será milagrosa semilla, que hará se multipliquen los creyentes, y de las raíces, que la persecución habrá de respetar, brotarán más ramas que las cortadas por el hacha del verdugo; si la apostasía o el cisma arrancan pueblos enteros del regazo de la Iglesia, fecundidad le queda a esta Madre para dar a luz nuevos hijos; pero si los Sacerdotes llegan a faltar, el culto cesa y cesa el Sacrificio, aunque existan templos suntuosos, y guardadas en ellos ricas alhajas, la savia divina deja de circular por el cuerpo místico del Salvador, hácese imposibles las funciones vitales, y sin necesidad de luchas en que exponga su vida ni de enemigos que se la arrebaten, la Iglesia sucumbirá, como agotada y exhausta.

Se dirá que esto no ha de suceder, que la Iglesia no morirá nunca, porque tiene la palabra de Dios como garantía de su perpetuidad; ciertamente, la Iglesia no desaparecerá jamás del mundo, pero puede ausentarse de un país determinado, y ser este el castigo que el Señor reserve a los que han menospreciado sus dones y solo con la ingratitud han correspondido a sus beneficios; a aquellos que niegan a Dios lo poco que les exige, como condición para favorecerles con nuevas e inestimables gracias.

Queremos nosotros que en nuestro pueblo no falte nunca Sacerdote, favorezcamos al Seminario para que este pueda formar muchos y santos Sacerdotes.

Desagravios

Desagraviad.—¡Oh cristianos!, por poca que sea vuestra atención a los asuntos religiosos, habréis observado que los agravios a Dios Nuestro Señor han crecido de una manera imponente. Son enormes, son monstruosos, son innumerables, son continuos; vienen de todas partes, de los hombres más desvergonzados, más abyectos, más despreciables, contra la majestad de Dios.

Por amor de Dios.—Si es que tenéis algo de amor a Dios, vuestro Padre, vuestro Señor, es increíble que no os sintáis ofendidos y tristes de ver cómo se le insulta y agravia, y que no deseéis darle alguna satisfacción.

Por amor del prójimo.—Si tenéis presente que los que le insultan son hermanos vuestros, de una misma familia, y que son tantos que ya constituyen un insulto social, y público, y de todos, y que tenemos alguna solidaridad y participación con ellos, veréis que es necesario que protestéis de alguna manera y que desagraviéis por vosotros y por ellos, para que la ira de Dios, ofendido, no descargue sobre todos nosotros y nuestra patria.

¿A quién desagraviaremos?—Desagraviaremos a los que son agravados horriblemente con rabia y furor de demonios.

A Dios.—Contra El se ha levantado el furor de

los frenéticos que se llaman a si mismos los sin Dios y aun los contra Dios.

A Jesucristo.—Contra Jesucristo, contra su Evangelio, contra su vida, contra su misma existencia, y sobre todo contra su divinidad, se han declarado legiones de hombres peores aún que Arrio, que fué uno de los mayores monstruos anticristianos.

Al Santísimo.—Son innumerables los modos refinados y viles que se han empleado en agraviar sacrilegamente al Santísimo en los Sagrarios y Tabernáculos de amor.

A la Santa Iglesia católica.—Los laicos, los ateos, los masones la persiguen y desean aniquilar, y la calumnian e injurian cuanto pueden.

Al Papa.—Gobiernos impíos y ciudadanos implacables procuran desautorizar al venerable Vicario de Jesucristo, y ponerle en oposición con los poderes civiles, calumniándole y haciéndole odioso al mundo.

A los sacerdotes.—¡Cuántas calumnias, cuántos desprecios, cuántos desdenes, cuántas opresiones sobre los ministros de Cristo! Y cuánto mejores sean, más. A cuántos se les ha quitado la fama, a cuántos se les ha reducido a la miseria, a cuántos se les ha quitado la vida.

A los religiosos.—Contra los religiosos se han desatado con preferencia leyes de excepción, opresiones de todas clases, despojos, tiranías.

A todos éstos es necesario desagraviar: a Dios en Si y a Dios en los suyos; porque si persiguen al Papa, y a los sacerdotes y a los religiosos, los persiguen por odio contra Dios.

¿Cómo desagraviar?—Los desagravios que podemos ofrecer a Dios son de dos clases: afectivos y efectivos. Afectivos son todas las demostraciones que hacemos de nuestros sentimientos de dolor al ver que Dios es ultrajado. Efectivos son las acciones que nosotros ejercemos contrarias a los agravios y para impedirlos.

Desagravios afectivos.—Es necesario que multipliquemos nuestros actos de adoración, de contrición, de alabanza de Dios, de pureza de intención, de plegarias de amor de Dios sobre todas las cosas. Cada corazón cristiano debe convertirse en un incensario perpetuo de purísimos afectos de amor divino multiplicados cuanto se pueda. Y como nos lo enseña el Apostolado de la Oración, todas nuestras obras, todos nuestros sufrimientos cotidianos, todos nuestros trabajos han de ser plegarias incensantes y actos de adoración de Dios ofendido. Orad, hablad con Dios, alabad a Dios, decidle que le amáis. Esto a El no le es necesario; pero lo es a nosotros.

Desagravios efectivos.—Pero si vuestro afecto de desagravios es sincero, han de pasar a ser efectivos, haciendo lo opuesto a los agravios de los enemigos.

Apareced cristianos en todas partes; y que todo el mundo sepa que sois católicos; sin jactancia, pero sin respeto humano, con naturalidad, sin afectación, proceded como católicos en vuestra vida social, de modo que todos vean que hay muchos católicos que aman a Dios y no se conmueven por los impíos.

Visitad las iglesias, que los laicos quieren destruir y abrasar y cerrar. Visitadlas muchas veces, muchas, con reverencia. Oíd Misa con devoción; hoy convenría que todos los que pueden oír Misa diaria, la oyesen; hay que hacer algo más que antes. Comulgad con frecuencia y con devoción. Extendad la Adoración nocturna y diurna y perpétua.

Realzad el culto, haciendo que las iglesias estén bien, que los altares estén adornados que haya comodidad, limpieza, arte, atractivo, dignidad; que los sacerdotes oficien como ministros de Dios, que los acólitos ayuden como ángeles del cielo, que los cantores expresen bien la alabanza divina, que todo el templo sea santo, digno, artístico.

Multiplicad las imágenes santas de Dios, de los Santos, de las historias sagradas para la veneración en todos los públicos. Sobre todo las imágenes del Corazón de Jesús, que se lamenta de los agravios que se infieren a su amor.

Enseñad la doctrina cristiana, el catecismo que los laicos prohíben insensatamente; y enseñadlo a todos, a los mayores y a los pequeños, y si podéis, aun a aquellos a quienes sus padres no se lo quieren enseñar. Todos tienen derecho a saber lo que les enseña Jesucristo.

Haced propaganda de toda la buena Prensa por todos los modos y en todos los sitios que podáis.

Arrancad las raíces del mal, la mala Prensa, las sociedades impías; las diversiones desmoralizadoras, las instituciones del pecado, los malos maestros, los malos diputados, los malos concejales, todos los malos que pueden influir, echadlos como podáis, sin faltar a la justicia y a la caridad debida.

No os mezcléis con los que agravian.—¡Por Dios! No forméis sociedad con los que agravian a Dios; no cooperéis con ellos, no seáis amigos de ellos. Si alguna vez tenéis que combinaros con ellos para mayor bien, que sea no para fomentar sus agravios, sino para impedir sus intentos y para atraerlos al bien.

Convertid a los que podáis; y éste será el mejor desagravio: traer a los enemigos de Dios a la verdad y al bien. Muchos de ellos tal vez están equivocados y no están tan pervertidos ni obstinados. Tal vez, si pusiéramos más empeño en convertir a estos pecadores, obtendríamos mucho.

Y los que dedicáis vuestra vida al desagravio, reclusos en los monasterios y santuarios, dedicad vuestra actividad con plenitud de fervor a desagrar a Dios con todas vuestras acciones.

Honrad el nombre cristiano.—Honradlo todos siendo buenos ciudadanos, buenos padres, buenos hijos, buenos esposos, buenas esposas, buenos maestros, buenos funcionarios, buenos soldados, buenos empleados, buenos patronos, buenos obreros. Este sería el mejor honor de Jesucristo y su más agradable desagravio. Que todo el mundo sepa que los mejores ciudadanos son los cristianos.

En fin, no imitéis a los agraviadores.—No leáis lo de los enemigos de Dios, no vistáis como los enemigos de Dios, no pertenezcáis a las asociaciones de enemigos de Dios, no acudáis a las diversiones de los enemigos de Dios, no alabéis a los enemigos de Dios, no apoyéis en nada a los enemigos de Dios.—R.

PARA EL "CRUZADO DE LA FE"

Suma anterior.	114,50 ptas.
Sr. Cura de Bañobárez	2,00 »
Id. id. de Sta. Olalla	2,25 »
Total.	118,75 »

Oración por España

Señor, que desde el trono insuperable,
dó tu infinita Majestad se asienta,
los siglos ves pasar inmutable
y deshacerse en polvo miserable
el poder, que en el polvo se sustenta.

Señor Omnipotente, en cuya mano
de todo lo mortal, todo lo humano,
el arbitrio radica y el destino,
al andar aún rebelde, su camino
sometido a tu influjo soberano.

Eterno Emperador, Rey de los reyes,
el que siempre serás, eres y fuiste
dueño del mundo y cuanto en él existe,
que al universo entero impones leyes,
a cuyo imperio nadie se resiste.

Bondadoso Señor, Dios clementísimo,
que en tu anhelo sincero y veheméntísimo
de labrar nuestro bien, males sin cuento
permities, con designio amorosísimo
de darnos ocasión al escarmiento.

Rey inmortal de mi adorada España
por títulos jurídicos sobrados,
a través de los siglos conquistados
en amorosa y singular campaña
contra mil enemigos conjurados.

Soberano perpetuo e indestronable
del pueblo hispano, que en solemne día
acató tu eternal soberanía,
aclamándote Rey, e inderrocable
un trono alzó a tu Majestad amable.

Señor, ahí, desde el trono de tu gloria,
que es el trono también de tu clemencia,
oye mi triste voz suplicatoria;
escucha mi plegaria, impetratoria
de tu amor, tu favor y tu indulgencia.

Tiende de compasión dulce mirada
hacia mi patria, tu solar bendito.
Contéplala, Señor, amenazada
de mil terribles males y angustiada
de la impiedad ante el sañudo grito.

Tuya es España, tuya toda entera...
Tuyos los españoles ser queremos...
a tus leyes de amor nos sometemos
y abrazados por siempre a tu bandera,
ley inmortal, gustoso moriremos

Olvida nuestro olvido, Dios clemente,
que provocó tu indignación tan justa...
y envía de tu luz un rayo ardiente
a los que ¡ciegos! con furor rugiente
robarte quieren tu realeza augusta.

Escucha mi oración, Rey adorable,
que dolorida sale de mi entraña:
¡Confunde del Averno la impia saña...!
¡No nos apartes de tu imperio amable...!
¡Sálvala, por piedad...! ¡Salva a tu España!

César Moro

Ayuntamiento de Madrid

Goce y proselitismo

Hay goces y goces. Entre los que se sirven en las copas del mundo los hay que brillan con destellos encantadores cuando se les mira desde el escaparate; pero cuando se les compra y se les prueba, no queda más que el vértigo de no confesarse engañados ni ante sí mismo ni ante sus compañeros... No hay que olvidar, además, que estos falsos goces tienen a millones sus representantes y corredores, mientras que al verdadero goce le falta hasta el anuncio en el diario....

Los niños no saben catar el «Jerez», porque no tienen el paladar hecho a él. Así la multitud de los jóvenes no puede experimentar el gran placer, el supremo goce, porque no tiene el paladar preparado para él. La multitud de los jóvenes no ha estudiado la verdadera doctrina de la Iglesia, no la ha confrontado con la mentira, no ha orado y por eso ni siquiera quiere llevar a la boca el nectar regenerador por excelencia del corazón, sediento de goce lleno.

El goce lleno es el de hacer el bien a manos llenas, el de experimentar el máximo rendimiento de su ser, el de cosechar plenamente el fruto de sus facultades, el de ganar siempre piedras miliarenses en el seguimiento del ideal con la letra vencida en la mano.

Este goce lleno es el goce del pleno apostolado católico.

Quien lucha de lleno y con entero convencimiento por la causa de Cristo, por la causa de su Iglesia, por la causa de la verdad, por la causa de la Humanidad, ese tiene en su pecho un manantial tal de goce lleno y de placer dinámico, que ahoga con sus aguas todas las penas, todas las amarguras y todas las llagas que los causen los del bando de enfrente...

La mayoría de los sabios filósofos han puesto en la actividad ordenada la principal, o mejor dicho, la única fuente del placer. Pues ¿qué actividad más sublime que la actividad apostólica en pro del sublime ideal que llenó el mayor corazón humano, el corazón del Dios Hombre?

Tu, joven tienes que reflexionar. Estás sediento de vida, estás sediento de dinamismo, buscas el mayor rendimiento de tus facultades, algo que llene por entero la capacidad de tu corazón conquistador.

Has acercado tus labios a todos los cálices. Ninguno te ha satisfecho por completo. Todos tenían su poco de hiel... Ni los dulces te llenaban, ni los secos te embriagaban, ni los finos te satisfacían...

Sin embargo no tienes que darte por vencido. Dejaste olvidada una copa. Ni siquiera la quisiste catar, porque parecía mosto de un día. Era la copa en que se te ofrecía el pleno apostolado católico. No tenías el paladar hecho a ella y te amargaba, porque ni habías estudiado las verdades que constituyen la savia de la Iglesia ni habías confrontado estas verdades con las falacias de los pseudocredos, ni habías orado para sentir el beso de esa verdad.

Tu error era muy perdonable. Hoy, que las circunstancias trágicas de España te han dado, sin duda, lecciones muy provechosas, te habrás decidido a purificar tu paladar.

Si no te decides a ser apostol seglar, no te quejes de sentir siempre un ancho vacío en tu corazón y en la plena floración de tus facultades.

No pidas a las cisternas vacías lo que solo te pueden dar las llenas del apostolado pleno del reino de

Cristo. No pidas a las heces que te sepan a mieles. ¿No es esto, además, lo que pide tu juventud vigorosa?

J. P. de M.

Miscelanea

»BENDECIRE LAS CASAS»

Si no tenéis del Divino Corazón más que imágenes de papel, si las tenéis pintadas al óleo, ponedlas pintadas; si podéis, colocad una estatua que sea muy artística, sobre elegante pedestal, bajo suntuoso dosel y entre preciosos ramos. Y que la mano cuidadosa que atiende todos los días a la dulce imagen se vea en las frescas flores que lucen en sus búcaros, en la esmerada limpieza que conserva la estatua del Señor y su trono. Y sobre todo; que el Amado en su dulce imagen se vea cubierto de cariñosos besos, de dulces miradas, de purísimos afectos.

Los que podéis, repartid imágenes del Corazón amable por todo el mundo, pequeñas y grandes.

Dijes para el adorno de la persona, medallas para colgarlas de los cuellos, imágenes para la mesa y el escritorio, estampas para el devocionario, cuadros para las paredes, estatuas para las iglesias.

«SE EXPONGA Y SEA HONRADA»

Pero esta imagen debe estar *expuesta* y pública. No la releguéis a vuestros aposentos interiores, sino ponedla en la sala más honrosa y visitada, en el sitio más potente y frecuentado, en lo más manifiesto de toda la casa.

Y, además, debe ser *venerada*. No la pongáis una vez y después os olvidéis de lo que habéis puesto.

Honradla con vuestra mirada, honradla con vuestra devoción, honradla con vuestra conducta honrada con luces, con flores, con afectos y manifestaciones de amor.

Si estuviera en mi poder, la pondría en el centro de todos los salones, en todas las calles, en nichos bien adornados, en los más frondosos retazos de los jardines, en los humilladeros de los caminos en las cúpulas y torres de los palacios, en los tímpanos de todos los edificios.

Pero, al menos, ponedla en vuestras casas. Dentro de ellas y fuera, en las puertas y en los huecos, en el sitio más precioso de las fachadas, o sobre la puerta principal, como vuestro escudo nobilísimo.

¿QUE HACE LA BUENA PRENSA?

Dice la verdad y la propaga por doquiera.

Coloca en su lugar a los buenos, sin callar lo bueno que hacen los malos.

Defiende la virtud y combate el vicio.

Atiende a la familia.

Propugna la religión, la autoridad y la propiedad como fundamentos insustituibles del orden social.

Es el más indestructible baluarte de la verdadera libertad.

Lucha contra los despotismos del Estado y de la demagogía.

Desenmascara a los calumniadores.

Contrarresta los malos efectos de la mala prensa.